

El testimonio de un matrimonio misionero o como evangelizar “desde” las periferias

No es la primera vez que María Jesús y José María tienen que atender un parto de emergencia de alguna mujer que vive en la montaña. En esta ocasión sola y abandonada. Y ya de noche, vuelven a El Negrito, el poblado en el que viven a 300 Km de Tegucigalpa, en Honduras, en un coche todo terreno que les ha enviado Manos Unidas. Llegan tarde a su casa. Mañana les espera un día largo de trabajo. Tienen que abrir las dos escuelas que llevan, junto con otros misioneros seculares; una para pequeños y mayores, para que aprendan a leer y a escribir, la otra, de formación profesional, con talleres de todo tipo: carpintería, ebanistería, imprenta, corte y confección, etc... Pero les esperan también otros proyectos en marcha, como la construcción de otro silo para el grano, o reorganizar los alimentos para poder distribuirlos entre los niños, muy desnutridos. Al caer la noche, si no tienen que atender otra urgencia, se encontrarán en casa de uno de los catequistas, con gentes de todo el poblado, para leer juntos la Biblia, y dar juntos gracias a Dios. Ellos podían haberse quedado en Madrid. Tenían trabajo, y un futuro económicamente mucho más prometedor. Pero este matrimonio, con sus dos hijas nacidas ya en Honduras, tomaron una decisión muy clara en sus vidas: encarnar de modo totalitario esa opción por los últimos que es de toda la Iglesia, y de todos en la Iglesia. La pobreza en cuanto situación humana carencial, personal y social, no puede medirse en rentas per cápita, ni siquiera en mínimos de nivel de vida o de bienestar social. ¿Cómo medir el sufrimiento y la soledad?, ¿quién jamás se interesó por contar a los que no cuentan? Pobreza equivale a desmedida, y marginación a exclusión y desinterés.

El estremecimiento de las cifras puede ser muy superficial y pasajero, frío e impersonal. Sometido como un péndulo de la tentación del control a la tentación del desaliento, del despropósito del rico optimista que cree poder acabar con la pobreza sólo con proyectos políticos y económicos, al despropósito del rico pesimista que se rinde ante el realismo de los datos, ante un problema sin solución. Aunque parezca mentira, no se puede resolver la pobreza desde la riqueza: No basta con el acto de dar, se requiere la actitud de la donación, es más, la cultura del dar, y quien se contagia de ella, no puede ser rico. Porque el rico mira la pobreza desde la lejanía. Y es precisamente la lejanía la que conforma la pobreza. Por el contrario, la cercanía, que supone un inevitable empobrecimiento, posibilita el reconocimiento de la riqueza del pobre (...)

Ciertamente existe un umbral real de la pobreza, pero tiene poco que ver con el formulado en el despacho del técnico, del sociólogo o del economista, por mucho que a los tres haya que escuchar a la hora de erradicar entre todos la pobreza. Ese umbral sólo se conoce en la experiencia de la solidaridad. Y esta misma experiencia desplaza y modifica el umbral de la pobreza al tiempo que descubre su abismal profundidad y progresión. Ante el misterio de la pobreza sólo cuenta la mirada, la calidad de la mirada, la reciprocidad de la mirada, esa claridad de la pupila, que con el amor al prójimo alcanza a mirar a Dios, de la que hablaba san Agustín cuando dice que “la luz intensa de la fe disipa las tinieblas de nuestra ignorancia y el fuego de este don divino funde el témpano de nuestra frialdad. El amor supone conocimiento y todo conocimiento es una especie de iluminación. La pupila necesita de la luz para ver, y el hombre del auxilio de la gracia para poder saborear lo sobrenatural y cumplir la justicia”¹. Como explica el Papa Francisco, “para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica. Dios les otorga *su primera misericordia*. Esta preferencia divina tiene consecuencias en la vida de fe de todos los cristianos, llamados a tener *los mismos sentimientos de Jesucristo (Flp 2,5)*. Inspirada en ella, la Iglesia hizo una *opción por los pobres* entendida como una *forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia* (...) La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos”².

¹ SAN AGUSTÍN. “De la naturaleza y de la gracia”, 26,29 (ML 44, 261).

² FRANCISCO. Exhortación apostólica *Evangelii gaudium*. Documento citado, nº 198.